

lo atestiguan los éxitos obtenidos tanto en América como en Europa.

En la pintura y escultura ¿por qué no dar a conocer a Elmina Moisan, María Tupper, Graciela Aranís, Laura Rodig, Mireya Lafuente, artistas que han triunfado dentro y fuera del país? Todas son mujeres de sensibilidad, de independencia, de espíritu y entusiasmo por todo lo que se relaciona con el progreso artístico. Algunos de estos nombres eran necesarios en «Mujeres Chilenas», para demostrar que también nuestras mujeres viven el arte y lo crean.

Hay, además, dos personalidades de sobra conocidas, pero creo que no habrían estado demás. Son: Eloisa Díaz Inzunza y Ernestina Pérez Barahona, que son las primeras mujeres en Sudamérica que obtienen el título profesional de médicos. Ambas—mujeres de corazón y de ciencia—pusieron sus conocimientos al servicio de toda obra que fuese en beneficio de los necesitados y especialmente prestaron su colaboración amorosa para atender a los niños desvalidos. Son ambas hermosos ejemplos para las mujeres que comienzan y digno orgullo de la intelectualidad chilena.

Marta Elba Miranda nada ha dicho de estas mujeres. Sin embargo su libro es un aporte valioso. Las figuras que estudia son de lo más sobresaliente y la autora ha captado con sencillez el espíritu de cada una. Vemos que ha puesto todas sus cualidades de periodista y escritora. Hay gusto literario en sus bosquejos y novedad en sus «Mujeres Chilenas». F. S.



<https://doi.org/10.29393/At183-16GSLD10016>

GUILLOTINA SECA, por René Belbenoit.—Editorial Zig-Zag.  
Santiago

Como se anota en la breve noticia, que acerca del contenido de este libro, da la casa editora, el caso de Belbenoit es bien

singular. Se trata de un pillete a quien la ley castiga a cumplir una condena en el presidio de la Guayana Francesa, al cual ni los crueles sufrimientos que le toca soportar, ni el espectáculo diario de las degradantes aberraciones entre los penados, logra envilecer ni contaminar. Por el contrario, Belbenoit, que tiene sensibilidad artística y talento literario se recoge dentro de sí mismo para ir vaciando en unas cuartillas de papel sus dolorosas impresiones que son a ratos conmovedoras y en su mayor parte tan espantosas como la más horrenda de las pesadillas.

René Belbenoit es el penado número 46635. Es un hombre pequeño, delgado, de apariencia frágil, en cuya persona endeble se ensaña un destino hostil hasta la ferocidad. Toma parte en la guerra de 1914 y después llega a ser sargento de un regimiento colonial. En Alepo, se enferma de fiebre y un grupo de catorce soldados enfermos es devuelto a Francia. Pero de estos catorce hombres, sólo cinco llegan vivos a Marsella. Entre ellos Belbenoit, para quien hubiera sido un buen negocio figurar entre los muertos antes de seguir viviendo, pues por uno de esos azares del destino va a dar después con sus huesos en aquel infierno de la Guayana, en donde el clima y el régimen de vida a que las autoridades del presidio someten a los penados, es mil veces peor que la muerte.

¡Ay, del infeliz que le toque ser destinado a cumplir su condena en Cayena! Según cuenta el autor de este relato el hombre que recibe esta sanción de la ley francesa, no vuelve a conocer jamás el clima de la libertad. Si llega vivo a enterar el último día de su condena queda en calidad de «libéré», pero sin el derecho de volver a Francia, o a ninguna otra parte del mundo. Debe seguir viviendo en la Guayana, pero tampoco se le permite residir en Cayena. No le queda más remedio que lanzarse a la «jungla» a exponerse a los mosquitos, al ataque de las fieras y al hambre pues del momento que ya no está en calidad de preso, no recibe ración de alimentos. Entonces empieza

a soñar con evadirse, proyectando los planes más absurdos, ya sea a través de la selva, por el mar, o llevados por la fatídica corriente de ese río Maroni que se ha teñido con la sangre de miles de «evadés». Y aun cuando la suerte les favorece y van a dar a la Guayana Holandesa, a las costas de Venezuela o de Colombia, son éstos, en la totalidad de los casos, devueltos al presidio de donde salieron; y allí reciben un castigo triple que casi siempre consiste en la prisión solitaria, en las Islas del Infierno, como Belbenoit llama a las de Royale, San José y del Diablo.

La isla San José es la peor de todas. A los presos les dan verdaderos ataques de desesperación cuando son enviados a ella. Hay en ese islote una enorme barraca en cuyo interior se ha cavado en el suelo unas cien celdas, cruzadas encima por unos puentecillos de hierro donde se pasean los guardas. El preso está allí durante veintitrés horas del día. Sólo por espacio de una hora los guardias lo sacan a pasearse en un patio amurallado. Si durante esa hora alguno se porta mal; ya sea insultando a un guardia o haciendo cualquier cosa que se contravenga el reglamento, es condenado a dos días de pan seco. Según Belbenoit, el cincuenta por ciento de los penados, sale de allí para la Casa de los Lamentos, otro inmenso barracón donde los locos aullan todo el día.

En la isla Royale, está la Barraca Roja. Allí duermen todos los penados que son en su mayoría «fort-a-bras» como se designan a los criminales que jamás serán otra cosa que habitantes de una prisión. Esta clase de delincuente no aspira a salir de allí, pues ese es el sitio más apropiado para la ferocidad de sus instintos y de sus vicios repugnantes. La Barraca Roja, se cierra con llave de noche, y sólo afuera rondan los guardas. Mas apenas se apagan las luces, la obscuridad se puebla de pequeñas lamparitas de aceite que todos los penados tienen. Y entonces se juega, se conversa de crímenes y de vicios que el hombre normal no sospecha. Se canta a veces la

canción de los penados. Pero casi no hay noche en que desde un pasillo que conduce a los excusados, no salga un ronco grito o una blasfemia. Es el que cae en un duelo silencioso de tigres que pelean por celos o por trampas en el juego. A veces los guardias sacan dos cadáveres, de una vez, del pasillo. Y nadie dice una palabra, cuando el asesino vuelve a su hamaca. El delator sabe que pagará con su vida su denuncia.

Leyendo este libro uno no sabe si se trata de hechos inventados por un loco, víctima de las más espantosas alucinaciones o de una realidad que la mente se resiste a creer, sea permitida por una de las naciones más civilizadas del mundo.  
—L. D.